REVOLUCION REFLEXIVA



UNA INVITACION A CREAR UN FUTURO DE COLABORACIÓN

•SÉ



W #

->£ -3.

i. W'

XIMENA DÁVILA HUMBERTO MATURANA

LA REVOLUCIÓN REFLEXIVA

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2021, Ximena Dávila, Humberto Maturana Derechos exclusivos de edición:

© 2021, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia, Santiago de Chile

Imagen de portada: Shutterstock

1a edición: abril de 2021

Registro de propiedad intelectual: A-1217 ISBN edición impresa: 978-956-9987-51-9 ISBN edición digital: 978-956-9987-52-6

Diagramación digital: ebooks Patagonia

[www.ebookspatagonia.com](http://www.ebookspatagonia.com/)

info@ebookspatagonia.com

LA REVOLUCIÓN REFLEXIVA

Una invitación a crear un futuro de colaboración

PAIDÓS

Prólogo Capítulo 1

Un convivir insensible y ciego Capítulo 2

¿Qué queremos? ¿Una sociedad colaborativa o una comunidad competitiva?

Capítulo 3 La psiquis del poder

Capítulo 4

Un virus tocó la puerta

Capítulo 5

Tiempo de encrucijadas Capítulo 6

Lo que muestra el espejo Capítulo 7

Somos frentes de onda Capítulo 8

La sociedad de la honestidad

Capítulo 9 Un mundo armónico

Capítulo 10 El hacer del científico

Capítulo 11 El futuro es nuestro

Epílogo

Lecciones a aprender

Encuéntranos en...

Otros títulos de la colección

Prólogo

Este libro ha sido una aventura. En agosto del año 2020 iniciamos una serie de conversaciones con Humberto Maturana y Ximena Dávila, en conjunto con el editor Nicolás Alonso, buscando abrir un espacio de reflexión sobre el momento que estamos viviendo como humanidad. Sin expectativas ni objetivos predefinidos. Fue en estas conversaciones semanales cuando intentamos ampliar nuestro entendimiento sobre todo lo desconocido que estábamos enfrentando a raíz de la pandemia. Ahora podemos darnos cuenta de eso: estábamos buscando una luz de esperanza en estos días de incertidumbre para la vida en el planeta.

A través de estas páginas Humberto y Ximena nos invitan a reflexionar sobre nuestro modo de vivir anterior a la pandemia, en un observar que se orienta a comprender el origen, los criterios y las condiciones que nos trajeron hasta este presente. Nos invitan a utilizar el remezón que nos ha sacudido como una oportunidad para despertar nuestra conciencia y, en el camino, nos proponen una serie de preguntas para ayudarnos a abrir una mirada reflexiva que facilite su comprensión. Todo esto a partir de la experiencia reflexiva de cada uno de nosotros, ofreciéndonos una serie de guías que buscan ayudarnos a recuperar la autonomía reflexiva de nuestras decisiones, en este momento tan crucial para la humanidad y para el planeta.

Este conversar reflexivo nos ofrece, a su vez, algunas distinciones que podrían servirnos como aprendizajes a cosechar. Son invitaciones audaces para reflexionar sobre la forma en que estamos viviendo nuestro presente, visibilizando las consecuencias e impactos de las elecciones que hacemos cada día. Es una invitación que surge desde una disposición regenerativa, que invita a dejar aparecer la intimidad de lo que sentimos y experimentamos.

Espero que esta Revolución Reflexiva resuene en ti como lo ha hecho en todos nosotros. Espero también que este libro alimente el cultivo de tu pensar, sentir y reflexionar.

Sebastián Gaggero

Pichidangui, Chile

Capítulo 1

Un convivir insensible y ciego

Antes de la pandemia vivíamos insensibles, ciegos frente a muchas cosas. Una ceguera que no afectaba a nuestros ojos, sino a nuestra mente, a nuestros sentires íntimos y emociones, y que se manifestaba de diversas formas. Estábamos insensibles y ciegos en nuestras relaciones con los demás, aunque lo que nos define como personas es ser seres sociales; insensibles y ciegos frente al consumismo, que nos enajena como personas; insensibles y ciegos frente a la importancia de los lazos familiares, de poder tocar a quienes más queremos y abrazarlos. Insensibles y ciegos, incluso, frente a las cosas más simples de la vida; buscábamos, con desesperación, lo extraordinario.

Pero nuestro hábitat, el mundo natural, no es extraordinario: la compleja armonía que nos sostiene es fascinante, sí, pero sobre todo es simple. Un árbol no compite con otro árbol para definir cuál es más fuerte, más alto o cuál logra dominar mejor su entorno. Al contrario, diríamos que existen y se conservan espontáneamente en una red armónica de sobrevivencia acoplados a su medio.

Los seres humanos, en cambio, competimos y nos destrozamos los unos a los otros —obsesionados con la muerte y con su reverso: la trascendencia—, y en el camino vamos olvidando nuestros lazos con lo natural. El látigo del ego está detrás nuestro, azotándonos con la ambición de ser capaces de controlar todo a nuestro alrededor, porque dejamos de entender y respetar la coherencia armónica de la naturaleza. El miedo al fracaso nos empuja a intentar dominarla, negando la armonía espontánea de nuestra relación con ella y con quienes la habitan. Y en el tránsito perdemos la coherencia con el mundo natural.

Así, vamos construyendo un altar para nuestra vanidad y nos convencemos de que no necesitamos a nadie. Solo a nuestro ego y, tal vez, a algún dios igual de egótico que nosotros...

La pandemia del coronavirus ha sido un espejo para nuestra insensibilidad y ceguera. Nos la ha enrostrado, aunque aún no podamos o no queramos verla. En este último año, la búsqueda de los contagios reveló otras enfermedades enraizadas en nuestras sociedades, que estaban allí desde mucho antes que el covid-19. Nos mostró una pobreza que muchos creíamos que ya no existía. Pero la pobreza, que es un estado de insuficiencia relacional, en donde no existen las condiciones para vivir en bien-estar, estuvo siempre ahí, frente a nuestros ojos. De hecho, es uno de los resultados más evidentes de nuestra cultura egótica de apropiación y acumulación. Es hija de nuestra insensibilidad y ceguera. ¿Cómo es que esta niebla se posa sobre nosotros? Los seres humanos surgimos en el lenguaje, con todos nuestros sentires íntimos en armonía, pero luego dejamos de respetar esos sentires y aparece el control. Si me muevo en armonía con el mundo lo habito, pero no lo exploto; lo cuido, porque admiro su coherencia. Pero si impongo un nuevo orden sobre él, si quiero tener poder sobre él, esa armonía comienza a resquebrajarse.

No siempre fue así, claro, o no siempre fue así en todos lados: hace unos siete mil años, en las tierras de Europa que regaba el Danubio, entre los Balcanes y la región Egea, habitaron las culturas matrísticas. Sabemos de ellas gracias al trabajo de la arqueóloga y antropóloga lituano-estadounidense Marija Gimbutas, quien las recuperó de la tierra: debajo de culturas patriarcales, nómades y guerreras posteriores, encontró los restos de pueblos más antiguos que habitaron esa parte de la Tierra durante milenios, en los cuales no había diferencias entre hombres y mujeres. Sus miembros eran sedentarios y agrícolas y participaban de un modo de vida cooperativo, en donde la presencia de la figura femenina representaba una conciencia no jerárquica del mundo natural, con el cual los seres humanos participaban en una relación de confianza, no ordenada a través del control autoritario. Esas culturas agrícolas adoraban a la Gran Diosa o Diosa Madre, similar a la Pachamama andina. Cuando esta visión de mundo fue reemplazada por la patriarcal, que tiene que ver con el control y la dominación, la búsqueda del poder y del sometimiento, nuestra relación con el planeta comienza a entrar en crisis.

No tenemos un registro claro de cómo sucedió este cambio, pero podemos establecer algunas cosas. La Gran Diosa o Diosa Madre de las sociedades matrísticas —representada anatómicamente como una madre en sus utensilios rituales— estaba relacionada con el cultivo de la tierra. Una tierra que era, por lo tanto, venerada y respetada. La mujer era diosa, generadora de vida, descubridora de la semilla y de la agricultura, desde una mirada armónica con el entorno. Pero en algún momento esa armonía se rompió, y la psiquis humana se orientó hacia la intervención y búsqueda del control del medio que nos rodea. Desde ese punto, todo valió para el hombre: apropiarse de territorios, desplazar y eliminar a las especies con las que convivía, romper ecosistemas para instalar cultivos no armónicos, devastadores a largo plazo.

Ese cambio en la psiquis humana se mantiene hasta hoy, en las decisiones que tomamos. En Chile, a partir de la pandemia, hemos visto aparecer pumas en las ciudades. Ante eso, hay dos actitudes psíquicas posibles: matar al animal porque es un peligro para nosotros, o intentar devolverlo a su entorno en la montaña, de manera no violenta. Si lo capturamos y hacemos un rito para devolverlo al mundo natural, estamos viviendo la situación desde una emoción de coherencia con el mundo natural y de respeto. Si lo capturamos y lo matamos, nuestra conducta mostraría que no deseamos conservarnos en coherencia con el mundo natural, sino que actuamos desde una psiquis centrada en el control, el poder y el sometimiento, como un modo fundamental de relacionarnos.

Cuando dejamos de sentirnos parte del mundo natural se nos hace manifiesta la necesidad de tener poder y control y, junto con ello, el impulso por abusar del otro, porque todo control requiere que otro se someta.

Nuestra evolución cognitiva y biológica también ha jugado un rol en este cambio psíquico. Como sabemos, a través de los milenios el Homo sapiens desarrolló lenguajes y estructuras de coordinación extraordinariamente más complejas que el resto de las especies vivas, y eso se vio reflejado en su capacidad de elaborar y manipular instrumentos cada vez más sofisticados. Esa habilidad disruptiva, que en principio no afectaba nuestra relación con el entorno —que nos permitía, incluso, crear elementos para adorar o para preservar la naturaleza— se fue transformando, a través de la historia, en una capacidad que favoreció la manipulación desmedida del entorno natural, la depredación, la acumulación y el exterminio de especies. Los males que lamentablemente habitan entre nosotros hoy.

Existen otras especies animales que también transforman su entorno natural: los castores, por mencionar solo un ejemplo, cortan árboles indefinidamente, pero no pueden reflexionar sobre las consecuencias de lo que hacen. No prevén la destrucción de su bosque. Por eso decimos que son una plaga, aunque esa es una noción humana. Pero en el mundo natural las especies se armonizan entre sí; los osos y los lobos se comen a los castores y se produce la armonía. El ser humano, aunque es capaz de reflexionar, también destruye el bosque, y no hay otra especie que pueda contrarrestar su afán destructor. Esa es nuestra ceguera, y la venda en nuestros ojos es el deseo de poder.

Muchas tribus aborígenes, al cazar un animal, realizaban una ceremonia de liberación de su alma, para que esta pudiera reencarnarse. Entendían que la especie cazada debía seguir existiendo en su ambiente, porque de ello dependía su propia existencia. Cuando esos rituales se fueron perdiendo, se rompió la relación con la Gran Diosa o Diosa Madre, que era percibida como generadora y destructora a la vez, porque la semilla para fructificar tiene que morir. Esos ritos eran una invitación a armonizar, pero desde un acto de conciencia, en donde el ser humano respetaba su participación en el mundo como una pieza más del gran puzle de las especies viviendo en armonía. Al perderse lo ceremonial, que sostenía ese respeto, nos volvimos una plaga: dejamos de reflexionar sobre las consecuencias de nuestros haceres sobre el planeta.

Hoy la invitación es a que intentemos salir de nuestras insensibilidades y cegueras: que volvamos a mirar en dónde estamos. En nuestra historia de primates viviendo en el lenguaje, si volvemos a ser capaces de ver, dejar aparecer el mundo que vivimos, si recuperamos una psiquis de convivencia en armonía, entonces lo respetaremos y no nos expandiremos sin control. Lo que haremos será conservarlo, en armonía y coherencia, aunque lo transformemos. Por el contrario, si ese respeto sigue perdido, querremos crecer cada vez más y apropiarnos de todo lo que hay en el mundo, hasta destruirlo.

En la experiencia de la vida hay un momento en que vida y muerte se asocian con la regeneración, que surge de la mano de la agricultura, cuando se descubre que la semilla puede ser plantada, y que la planta va a crecer y entregará otra semilla, produciéndose un ciclo de vida. Ese ciclo, como ya vimos, nace en las culturas matrísticas y estaba en el centro de nuestra antigua relación armónica en el mundo familiar. La diosa era generadora y regeneradora a través de la muerte, y no había contradicción en eso: vida y muerte iban juntas y entrelazadas, porque la muerte era justamente la oportunidad de regeneración de la semilla, la oportunidad de la vida. Cuando eso se pierde, cuando no se ve, entonces se empieza a querer controlar y prolongar la vida. Y una de las formas es el poder: la idea de que acumulando y sometiendo voy a lograr una cierta trascendencia, la cual, por supuesto, es ilusoria.

Entonces, nuestra pregunta debe ser: ¿cuál modo cultural de vivir nuestra transitoriedad resulta más armonioso para el vivir de la comunidad a la cual pertenecemos? Una opción, que está en el centro de nuestra ceguera, es enajenarnos en el ego y no darle ninguna importancia a lo comunitario; y la otra es hacer nuestro vivir de una manera armónica con el bien-estar de la comunidad que vive el mismo ciclo que nosotros.

Los modos de vida, sin embargo, son difíciles de modificar. No siempre surgen de nuestra voluntad individual, sino que se arrastran por generaciones. Son aprendidos desde el útero. Algunas madres pueden vivir sus embarazos en paz y en un ambiente de amor, pero a muchas otras les toca atravesar ese ciclo en el dolor, en la violencia doméstica o en el hambre. Esos bebés van a comenzar su existencia de forma diferente, y pasar del útero biológico al útero cultural1 va a ser doloroso. En su entorno íntimo puede que reciban una acogida en la ternura y en el cuidado, o puede que reciban traiciones: por ejemplo, cuando un bebé no recibe el cuidado y el amor que necesita; o cuando un niño espera a su padre para jugar, porque se lo ha prometido, y este jamás llega.

Así, un modo de vivir que es aprendido por los niños y las niñas y es traspasado de generación en generación se transforma en un linaje psíquico y biológico, que se conservará en el cuerpo y en el alma de una generación a otra como un linaje biológico-cultural.

¿Podemos transformar en nuestro presente el linaje que heredamos? La respuesta es sí. Si deseo transformar mi modo de vivir porque me genera mal-estar y dolor en este presente puedo hacerlo siendo consciente de cambiar mis conductas. Y si soy consistente y coherente con ese nuevo modo de vida que nos genera bien-estar, este será aprendido por los niños y niñas desde que nacen, y si luego se conserva en sus hijos e hijas, ese modo de vida se habrá comenzado a conservar de generación en generación como un nuevo linaje.

Hemos tenido el privilegio de conocer muchos testimonios de personas que luchan a diario por cambiar sus linajes. Por nombrar solo uno, conocimos el caso de una mujer que recibió un gran caudal de violencia cuando era una niña. En su casa era golpeada y su madre en momentos de desesperación solía llevarla al borde de un río cerca de donde vivían, donde amenazaba a ella y a sus hermanos con empujarlos o saltar con ellos. Hoy, en el deseo de no repetir esa historia de dolor con su familia y en particular como mamá con sus hijos, buscó una ayuda terapéutica que ha sido larga y profunda, y ha encontrado la forma de proteger a sus propios hijos de ese pasado: los cuida, los educa en el amor y en la empatía con los demás, porque no quiere que ellos experimenten la vida que le tocó a ella y a sus hermanos vivir. Está dañada por esa niñez, tiene que trabajar constantemente por la herencia que recibió, pero entiende que está cambiando su linaje: sus hijos están recibiendo un modo de vivir diferente. Como dijimos antes, ningún bebé nace con una forma de vida en desarmonía con el entorno natural; los niños de todo el mundo se interesan por los animales y por el medio ambiente, de hecho, suele ser una de las primeras cosas por las que sienten empatía. La distancia que nos lleva a nuestra ceguera es cultural. Las preguntas que deberíamos hacernos, si tomamos la decisión de traer vida al mundo y de formarla, es cómo estamos educando a nuestros niños y niñas y cómo nos relacionamos, en el mundo adulto, para guiar esa deriva en una dirección que no sea destructora de su mundo. Cada ser humano es generador del mundo que vive.

Esta pandemia nos ha dado un mensaje crudo, urgente. Nos ha dicho a todos: mírense. ¡Miremos el calentamiento global, que ya empieza a destruir los ecosistemas!; ¡miremos lo contaminada y enferma que tenemos a la Tierra, a Gaia, nuestro propio hogar! Miremos el mundo a nuestro alrededor, porque se está agotando. Miremos el crecimiento exponencial de la población, que es la más grande amenaza que toca nuestra puerta, y que no hacemos nada por detener. No se trata, por supuesto, de no traer más vida al planeta, sino de hacerlo de forma responsable, diseñando mejores programas de educación sexual, facilitando todos los métodos para evitar el exceso de embarazos. Todo eso nos esta diciendo que tenemos que recuperar la armonía con el mundo natural con lo que hacemos y las decisiones qe tomamos en una actitud de vida en nuestro modo de vivir.

Debemos revisarnos y preguntarnos, en nuestra familia y en nuestro grupo social, cuáles son las cosas que queremos conservar, qué presente queremos vivir, de modo que ese vivir lleve a la recuperación de la armonía con el mundo natural. Hacerlo solo puede ser una elección consciente. Ninguna ley ni autoridad podrá forzarnos a salir de nuestra insensibilidad y ceguera colectivas. Somos nosotros los que podemos generarlo, en la medida en que reflexionemos y actuemos de acuerdo con ello. Entonces, tal vez podamos abrir los ojos y de verdad sentirnos y vernos otra vez.

Capítulo 2

¿Qué queremos? ¿Una sociedad colaborativa o una comunidad competitiva?

¿Qué es lo que determina que podamos llamar a un grupo de personas una sociedad? “Lo social es el encuentro de individuos, y el encuentro de individuos es el fenómeno social”.

Cuando hablamos de sociedad, lo que queremos es hacer referencia a un modo de convivir de una comunidad humana donde las personas coordinan sus sentires, acciones y emociones en un encuentro de convivencia en un trasfondo de mutuo respeto. Esto último no siempre se cumple —y de esa ruptura suelen nacer grandes tragedias—, pero es una condición fundamental: no hay convivencia social si no hay deseo de convivir en el respeto recíproco, en la convivencia colaborativa de quienes constituyen la vida en comunidad. Es posible que se junte un grupo de personas para formar una sociedad para eliminar a otros y otras o para someter a otros y otras, generando adicciones destructivas, pero eso no constituye un ámbito de convivencia social.

Lo que entendemos por convivencia en el mutuo respeto no es algo fijo, sino algo que cambia según el lugar y la época. Las antiguas civilizaciones mesoamericanas tenían a los sacrificios humanos entre las nociones que daban sentido a su convivir, porque eran sociedades de orientación mística. El fenómeno social no nace con una finalidad concreta, sino que resulta de un deseo de convivencia. En la historia humana, los distintos grupos no se fueron juntando con el objetivo de generar comunidad, sino que surgieron a propósito de un quehacer conjunto, en el que nos dimos cuenta de que juntos podíamos lograr más, establecer comercio o ser más fuertes frente a los invasores. De esta manera, aprendimos a desarrollar la convivencia, a compartir alimentos y a generar un espacio común, frente al cual también nació la idea del extranjero. Pero incluso ese otro extranjero, después de un tiempo y siguiendo determinadas reglas, podía formar parte de nuestra comunidad social.

Como hemos dicho, nuestras sociedades surgieron del afán de coherencia entre los seres humanos en el hacer conjunto, pero luego nos fuimos olvidando de eso y degradándolo con teorías que nos trajeron hasta lo que tenemos hoy: una sociedad de la competencia. En algún momento de nuestra historia como especie comienzan a aparecer distintas teorías, ideologías o doctrinas sobre la vida en sociedad, para justificar determinados modos de convivir. El mecanismo es siempre el mismo: se presenta una dificultad que genera primero reflexión, pero luego deriva en una ideología que pretende establecerse como una verdad que no permite revisión, porque esa “verdad” o “ideología” determina desde sus “principios intocables” que hay que vivir y convivir de una determinada manera.

Este proceso se fue complejizando cada vez más, a medida que la población fue aumentando, de manera que las comunidades fueron creciendo junto con sus problemas. De esta forma, comenzaron a aparecer teorías, ideologías o doctrinas para justificar aspectos como la dominación, el sometimiento, la autoridad y la competencia entre pares. Quizás hoy pueda sonar raro que hablemos de la competencia como una invención, porque nos han dicho durante mucho tiempo que es la manera natural de relacionarse entre los individuos de una especie, pero no debemos perder de vista que es una teoría. No hay nada en nuestra biología que implique que debamos competir. Al contrario: nuestras sociedades surgieron de la

colaboración, pero nos fuimos convenciendo de que teníamos que “ser mejores” que los demás en todos los ámbitos posibles, y luego otras teorías políticas y económicas consagraron la idea.

Final del fragmento del libro Kindle.

¿Te ha gustado el fragmento?

[Comprar va](https://www.amazon.com/gp/g7g/fws/anchor/buyEbook.xml?asin=XXXXXXXXXX) O

[Ver detalles de este libro en la Tienda Kindle](https://www.amazon.com/gp/g7g/fws/anchor/detailPageEbook.xml?asin=XXXXXXXXXX)